Ano V - Nùmero 5.405
SEMANARIO
TOULOUSE

EL SOCIALISTA

FUNDADOR: PABLO IGLESIAS

26 de marzo de 1948
SIETE
FRANCOS

ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTAVOZ DE LA U.G.T.

Editorial

COMO era de esperar, a Franco le ha salido un defensor en la Conferencia de los Dieciséis. Quizà para ser màs justos en la expresiòn tendríamos que decir que uno de los países representados en dicha Conferencia llevaba el encargo de abogar por la inclusiòn de la España franquista en el plan de la reconstrucciòn econòmica de Europa. En efecto, el delegado de Portugal, al proponer la incorporaciòn de España, no ha hecho otra cosa que ajustarse al mandato que se le ha conferido. Para cualquiera que conozca las simpatías existentes entre las dos dictaduras ibéricas, no puede constituir sorpresa alguna la actitud de la delegaciòn portuguesa. Esa actitud entra en el orden normal de las cosas. Lo que ya no resulta tan natural es la reacciòn de la propia Conferencia ante la propuesta de uno de sus miembros que, sin rodeos de ningùn género, se declara esforzado paladín de la causa del fascismo español.

Para ser fiel a los principios registrados en su acta de constituciòn, la Conferencia de los Dieciséis debiò rechazar de plano la propuesta portuguesa, porque siguiendo esos principios cualquier país y en cualquier momento puede incorporarse a la Conferencia, si así lo desea. Cualquiera, menos uno: España. ¿Cuàles fueron los motivos que se invocaron para llegar a tal conclusiòn? No podía haber màs que uno, y la Conferencia fué bien explícita al proclamarlo. La supervivencia del régimen franquista imposibilitaba la incorporaciòn de España.

Por ventura, ¿es otro el régimen que hoy existe en España? En tales condiciones, declarar, como lo ha hecho la Conferencia en su segunda reuniòn, que se limita a registrar la peticiòn formulada por Portugal resulta de una ambigüedad extrema, que permite a Franco seguir maniobrando a sus anchas. ¿Por qué propiciar el equívoco? La falta de precisiòn de la Conferencia sobre extremo tan claro deja un margen demasiado amplio para las suposiciones. ¿Por qué y para qué se da por enterada la Conferencia sobre una propuesta tendente a conseguir que la España franquista entre a formar parte de ella? No queremos ir demasiado lejos con nuestra malicia, pero confesamos que el lacònico comentario con que el señor Bidault ha epilogado la sesiòn en que se tratò el problema que nos ocupa no està hecho para desvanecer nuestras inquietudes, pues decir que ha hecho todo cuanto le ha sido posible para que la proposiciòn portuguesa quedara reducida a los extremos que hemos apuntado no es cosa que pueda tranquilizarnos.

Convenimos con ciertas apreciaciones segùn las cuales constituye una anomalía que no se pueda prolongar indefinidamente la exclusiòn de España de todo plan que sea elaborado para sacar a Europa de su actual situaciòn. Pero anomalía sería, y anomalía mucho mayor, levantar la exclusiòn que, segùn criterio unànimemente proclamado, pesa sobre el régimen que hoy existe en España, y no sobre España misma. ¿Han hecho los dieciséis países representados en la Conferencia lo que estaba de su parte para acabar con esa anormalidad? Porque la verdad escueta, la verdad no desfigurada por interpretaciones arbitrarias, es que, contra toda justicia y contra toda razòn, al Pueblo español se le ha dejado abandonado en su inmensa desgracia, sin que a las palabras de simpatía que con tanta facilidad le han sido prodigadas haya acompañado un solo acto capaz de hacer saltar la dificultad que entraña el «caso español».

No es precisamente en las vacilaciones reflejadas por la Conferencia de los Dieciséis para enfrentarse con las maniobras franquistas, de las que ha sido portavoz el delegado portugués, donde puede verse un indicio que haga pensar en el deseo de rectificar esa funesta tendencia abstencionista que tanto contribuye a prolongar la exclusiòn de España de todo esfuerzo por restablecer el equilibrio europeo. Lo hemos dicho y lo repetimos hoy: si se cree que el problema español puede ser resuelto a base de sucesivos escamoteamientos, tal procedimiento darà siempre resultados negativos. La Conferencia de París podría abrir sus puertas de par en par a una España libre y democràtica. La que Franco dice representar no puede entrar màs que por la puerta falsa y fraudulentamente.

Ante el III Congreso del Partido Socialista

Nuestro saludo a los delegados

Por tercera vez desde su reorganizaciòn, el Partido Socialista Obrero Español va a celebrar su Congreso en el exilio. Ante ese magno acto, expresiòn de la voluntad socialista constantemente orientada hacia la reafirmaciòn de nuestros ideales de superaciòn humana, recobran singular realce viejas y profundas emociones. Emociones que nos han venido estimulando en el combate, con tanto fervor sostenido, para mantener y reafirmar la considerable personalidad del Socialismo español.

En esa trayectoria no hemos dejado de situar ni un solo instante el cumplimiento de nuestro deber, que se integra cada vez con mayores y màs difíciles responsabilidades, para hacer frente a las cuales se necesita de una fe inquebrantable e ininterrumpida en los destinos que al Socialismo le estàn reservados. No vacilamos en afirmar que esa fe es el distintivo que honra màs a los socialistas españoles, cuya abnegaciòn y espíritu de sacrificio han resistido contra las pruebas màs duras y penosas.

La grave situaciòn en que el mundo se debate exige que no ceda la tensiòn de nuestro esfuerzo. Lo exige igualmente, y de la manera màs imperiosa, la particular situaciòn de nuestro país, cuya prolongada angustia reclama de nosotros una acciòn permanente. Para realizarla, debemos poner en ella lo mejor de nosotros mismos, vinculàndole nuestros anhelos y entusiasmos, porque sòlo así conseguiremos que nuestras inquietudes vibren al unísono de las de nuestros compañeros que en España siguen tremolando, con heroísmo incomparable, la gloriosa enseña de nuestro Partido.

Cuando en 1944 celebramos nuestro primer Congreso, consolidamos una norma de conducta cuya observancia debe figurar en el primer plano de nuestras preocupaciones. Quisimos, con plena conciencia de lo que queríamos, que el primer Congreso de los socialistas españoles exilados fuera un Congreso de unidad. Este deseo fué tan sincero y unànime, tan noblemente generoso y elevado, que marcò el renacimiento del Partido con un signo de los de mejor tradiciòn socialista. Ese vigoroso arranque de la Organizaciòn posibilitò el espléndido Congreso de 1946 al que le estaba reservada una misiòn no menos trascendente, cual fué la de consagrar la unificaciòn de todos los socialistas españoles dispersos por el mundo, reagrupàndolos con el firme propòsito de hacer su acciòn màs coherente y eficaz.

Antecedentes tan valiosos deben estar presentes en la conciencia de todos los delegados que se disponen a participar en las tareas de nuestro tercer Congreso para que éste, lejos de quebrar la tradiciòn del Partido, constituya una inequívoca manifestaciòn de fraternidad socialista. Tenemos la màs absoluta seguridad de que ese sentimiento ha de inspirar la conducta de todos y cada uno de los delegados, porque resulta imposible concebir un Congreso socialista sin que esté dominado por un reflejo de serenidad.

Una comùn preocupaciòn anima a todos los socialistas: A esa preocupaciòn ha de dàrsele estado permanente en el Congreso, para que las normas a las cuales debe someterse la futura actividad socialista respondan íntegramente a los altos deberes de la hora presente.

Tales son las palabras, impregnadas de cordialidad y de cariño, con las que EL SOCIALISTA saluda a los delegados al tercer Congreso del Partido Socialista Obrero Español.

UN CORPS TOMBE du second étage

par Max BUSET

ON ne connaîtra pas de longtemps, si tant est qu'on y voie jamais clair, las circonstances véritables de la mort de M. Jan Masaryk.

La version officielle, c'est-à-dire la version communiste, qui sera désormais la seule tolérée en zone d'influence soviétique, est celle du suicide. Elle l'attribue au mauvais état de santé du défunt. Il était malade, sinon infirme. Il avait une dépression nerveuse. Il souffrait d'insomnie. Après la nuit fatale, on a trouvé sur sa table de travail les bouts d'innombrables cigarettes.

Sa mort ne porte aucune relation avec les événements politiques de ces dernières semaines. La Radio contrôlée l'a déclaré le jour même : «Jusqu'à la dernière minute, il avait montré le plus grand optimisme et rien ne pouvait laisser supposer un semblable geste.» Elle a insisté sur ce point : «Hier encore, il était plein de dynamisme et d'optimisme quant à l'avenir du pays.»

Toute imputation au nouveau régime étant ainsi écartée d'une chiquenaude, la version officielle s'est enrichie, dès l'après-midi, au cours de la séance parlementaire, d'une suggestion ministérielle propre à aiguiller les curiosités du côté des frontières occidentales.

Sans plus appuyer qu'il ne le fallait pour ne point dépasser son but, le ministre communiste de l'Intérieur, Vuclav Nosek, a pris la peine de signaler à la Chambre que M. Masaryk s'était jeté par la fenêtre du palais Czernin «après avoir passé la nuit absorbé dans la lecture de lettres et de télégrammes d'Angleterre et des Etats-Unis, où il était l'objet de violentes attaques pour s'être prêté à faire partie du nouveau Gouvernement.»

Après cette déclaration de choix, nous invitant avec tact à ranger le grand mort de Prague au nombre des victimes de l'impérialisme anglo-américain, s'est étalée en point d'orque l'absolue discrétion du nouveau président du Conseil, Gottwald, qui n'a pas cru indiqué de saluer la mémoire de son collaborateur Masaryk, mais sur le visage duquel un journaliste a tout de même voulu discerner des traces d'émotion, voire de larmes, dont on se demande à travers quoi elles ont pu sillonner pour demeurer si longtemps apparentes.

* * *

Une chose est certaine, c'est qu'il a fallu toute une demi-journée pour mettre au point cette version officielle.

On nous a dit que M. Masaryk s'est suicidé à 6 heures du matin, que son cadavre a été découvert une demi-heure plus tard. Mais le premier communiqué de la Radio s'est fait attendre jusqu'au début de l'après-midi.

Dans l'intervalle, les départements ministériels ont trahi quelque embarras dans leur façon de répondre aux questions dont les correspondants de Presse étrangers les harcelaient.

Aux Affaires Etrangères, où un Comité d'action a tout récemment épuré le personnel sans prendre l'avis du ministre, le chef de la Section de Presse confirmait la nouvelle, mais se refusait à toute explication. Son collègue communiste déclarait, quelques minutes plus tard, qu'il ignorait tout de l'affaire. Quant aux secrétaires particuliers du ministre, ils ne pouvaient recevoir ni visite ni appel téléphonique.

A 10 heures, le ministère communiste de l'Information n'avait pas de confirmation officielle. A 11 heures, le ministère communiste de l'Intérieur n'avait pas de renseignements. Un peu plus tard, il manquait de détails, et celui de l'Information ne savait rien de plus.

Dans l'entretemps, une coïncidence voulait que les télétypes des correspondants étrangers fussent en panne, de même que le fil spécial des services américains. Mais les communications étaient rétablies à point nommé lorsque la version officielle put enfin circuler.

Une enquête sur les circonstances de la mort a été ordonnée le jour même. Elle sera conduite par le ministère communiste de la Justice. Le monde entier connaît d'avance les conclusions auxquelles elle aboutira.

* * *

Democratie populaire. Y a-t-il un sortilège dans ces mots? Ou sommes-nous vraiment incapables de comprendre? Je dois dire que nous avons eu à ce pronos, dans ces tout derniers jours, des éclaircissements de première valeur.

Démocratie. La nouvelle de la mort de M. Masaryk animait singulièrement les conversations de couloir, cette semaine, à la Chambre belge. Dans un groupe, on a pu entendre un communiste notoire, dont je tairai le nom pour le moment, proférer ceci, d'une voix susurrante, à un de ses interlocuteurs socialistes : «Rends-toi compte, mon vieux. Supposé qu'on te montre des arbres comme ceux du Parc que voilà, et qu'on te dise : «Vous avez une demi-heure pour choisir entre la corde qui servira à vous pendre à l'un de ces arbres et un portefeuille dans la nouvelle combinaison.» Faudrait être le dernier des imbéciles pour ne pas choisir le portefeuille, pas?»

Non, vraiment, nous ne sommes pas familiarisés, ni près de l'être, avec ce genre de démocratie.

Populaire. C'est qu'elle est populaire, paraît-il, cette nouvelle démocratie. La semaine dernière, à la tribune même de la Chambre, le Dr Marteaux, avec une franchise qui l'honore, a déclaré ceci, dont le souvenir littéral me reste vrillé dans l'oreille : «Au cordon sanitaire, l'Union Soviétique a substitué les démocraties populaires.»

Voilà qui, du moin, est franc du collier. C'est un fait qu'il n'y a de démocratie populaire que là où l'Union Soviétique en a ainsi décidé. C'est elle qui en conçoit l'idée et qui en prend l'iniciative, qui en donne la consigne au Parti Communiste de l'endroit, qui lui en prescrit la tactique, les méthodes et les objectifs immédiats et qui l'assure à la fois de son appui extérieur et de son immixtion constante.

Mis à part ses transformations économiques et ses réalisations sociales, qui peuvent franchement nous être sympathiques à plus d'un égard, bien que ses nationalisations soient invariablement à base d'une participation russe effective d'au moins 50 p. c., qu'est-ce donc au juste que cette démocratie populaire, qui n'est ni démocratique dans ses méthodes, ni populaire dans sons inspiration et sa finalité?

Sur le plan de la politique internationale, c'est un glacis que l'Union Soviétique ajoute à son immense territoire, parce qu'elle est en proie à un complexe d'insécurité que son affaiblissement, dû aux épreuves de la guerre, rend plus aigu.

Sur le plan de la politique intérieure, c'est le plus récent camouflage d'une dictature communiste qui n'ose pas dire son nom, par crainte de faire tomber le faux-nez de démocrate dont s'affublent encore pour le moment les chefs du communisme en Occident.

* * *

La démocratie populaire a pu donner le change aussi longtemps que nous en étions séparés par un bon millier de kilomètres et qu'elle s'étendait à des pays qui n'ont tout de même jamais connu que des régimes plus ou moins autoritaires.

Mais la Tchécoslovaquie est infiniment plus proche de nous par la Géographie, l'Histoire et l'esprit.

Désormais, l'ombre d'un grand mort pèse sur la fiction communiste de la démocratie populaire. Elle ne pèse pas seulement sur les jeux de la politique. Elle pèse sur la conscience des hommes.

Après la mort de Gabriel Péri, le poète communiste Eluard, fils spirituel d'une France heureuse, lui a dédié ces vers tout pétris d'humanité :

Il y a des mots qui font vivre
Et ce sont des mots innocents
Le mot chaleur et le mot confiance
Amour justice et le mot liberté.

Maintenant, nous le savons, les mots qui font vivre chez nous sont les mots pour lesquels on meurt sous le ciel de plomb des démocraties populaires.

Aspectos

ENTRE sustos, alarmas y prisas anda el mundo no sabe si hacia la paz o la guerra. Al devorador apetito de libertades que se le ha despertado a Rusia y que tras sí deja los relieves inservibles de la dignidad humana amén de algunos cadáveres, responden las naciones occidentales engrasando armas en silencio inquietante y forjando pactos entre dicursos sonoros, retumbantes y pomposos. El ambiente que resulta es francamente desolador, las perspectivas lùgubres. No hay mas motivo de optimismo que la voluntad vacilante de un grupo de hombres que se aprestan—previos tanteos y esbozos—a defender la paz y la libertad. Poca cosa. Mucho tiempo perdido. Algunas torpezas. Muchas injusticias y la más eficiente y voluminosa la cometida con el pueblo español. Que los españoles no estemos absolutamente limpios de error no puede justificar el tremendo cometido por quieres desarmandonos cuando podíamos ganar la libertad, la democracia han contemporizado con el fascismo franquista con tal de evitar la remota posibilidad del crecimiento del fascismo staliniano, es decir, lo han armado y estabilizado en lo posible propiciando al mismo tiempo las posibilidades de crecimiento del fascismo de distinto pabellón y parigual esencia.

Pero eso pertenece al pasado y nuestras preocupaciones son de porvenir. Si lo recordamos es para sentar una vez más que los desengaños de ayer y la grave perturbación presente han sembrado en la familia antifascista grana de discordia, motivos de desaliento y escepticismo disgregador. Situación y estado de ánimo de los que nadie se libra y seríamos insensatos los socialistas si cerráramos los ojos a la realidad cuando ésta es deforme o antipática.

Si el inmediato porvenir del mundo es incierto e imprevisible tanto más lo ha de ser el destino de nuestra patria. Pero cualquiera que sea el carácter y las líneas del panorama que tenemos delante el deber de sodo socialista está trazado inequívocamente: seguir peleando por la conquista de las libertades de nuestro pueblo. Y para ello mantener, buscando denominadores comunes y no buscando exclusivas, la unidad de acción de uno de los pocos instrumentos serios que le quedan a nuestro país: el Partido Socialista Obrero Español.

La feliz inspiración del modestísimo grupo de compañeros que, haciendo abstracción de banderías esterilizantes supieron dar nuevo aliento y vida al Partido, puede y debe sobrevenir en esta hora grave y difícil, no más grave ni difícil que aquélla en que la fraternidad socialista huérfana y floja, supo encontrar el terreno propicio a un renacer vigoroso. No fué fenómeno milagroso, ni regalo que las circunstancias pusieron en mano de unos hombres, sino obra de amor, de voluntad e inteligencia.

Si nuestro III Congreso ha de tener una significación y una eficiencia no tiene más camino que coronar la obra de aquellos hombres anónimos, completándola, mejorándola, huyendo del triunfo fácil, de mutilaciones, de procesos, de todas las tentaciones que dan efímero goce a costa de dilatados trabajos; ensanchando las bases de fecunda colaboración. En una palabra, reforzando el instrumento poderoso que es el Partido, factor esencial en estos momentos. Lo contrario sería un lujo propio de tiempos ya pretéritos—cuyas consecuencias conocemos—o de situaciones por venir cuyas exigencias desconocemos.

Martín Artajo define la democratización del régimen franquista

Muy recientemente hemos informado a nuestros lectores sobre las conversaciones iniciadas en España entre el encargado de Negocios de los Estados Unidos Sr. Culberston y Martín Artajo, ministro de Estado del Gobierno franquista. A tenor de las referencias que sobre dichas conversaciones publicó la prensa francesa, así como la inglesa y la americana, los Estados Unidos invitaban al Gobierno de Franco para que siguiera los derroteros de una evolución efectivamente democrática y liberal. Sobre este tema, las entrevistas entre Martín Artajo y el Sr. Culberston se han repetido con bastante frecuencia. ¿Cuál ha sido la reacción de Franco ante los insistentes requerimientos del representante de los Estados Unidos?

Desde las columnas de nuestro periódico hemos denunciado el recrudecimiento de la brutal represión que no ha cesado en España un solo instante desde que Franco ocupó el poder. Pero por si no bastara nuestro testimonio se ha dado a la publicidad el texto de la contestación con que Martín Artajo pretende tranquilizar al Sr. Culberston.

Para el ministro de Estado de Franco, el régimen que hoy soporta España es perfectamente normal y está suficientemente democratizado. En consecuencia, toda evolución resulta completamente innecesaria. He aquí sus palabras:

«España no es un régimen totalitario. En España no hay presos políticos, sino criminales de derecho comùn. España goza de toda suerte de libertades hasta el punto de que constituye la envidia de los países democráticos. No podemos establecer un régimen liberal tal como se practica en los Estados Unidos, porque de hacerlo seríamos víctimas de una segunda guerra civil.»

Cada una de las palabras de Martín Artajo se comenta sola. Es una repetición del disco franquista que presenta a la España totalitaria y fascista como el modelo que deben copiar todos los países.

Nos gustaría conocer si el Sr. Culberston persiste en sus propósitos de «humanizar» al régimen franquista, después de una contestación tan aleccionadora como la facilitada por Martín Artajo. Desde luego, ya habría tenido ocasión de constatar que los Tribunales militares de Franco no suspendieron su actuación a pesar de sus respectivas entrevistas con el ministro de Estado de Franco. Puede imaginarse que después de lo que ha dicho el citado ministro, esos mismos tribunales seguirán dictando diariamente sus condenas contra los criminales de derecho comùn, tales como los dirigentes del Partido Socialista Obrero Español.

Una declaraciòn de la delegaciòn britànica en la Conferencia de París

Comentando la sugestión hecha por el representante de Portugal en la Conferencia de los Dieciséis, la delegación británica ha manifestado que en realidad la actitud de Portugal responde a un simple gesto amistoso para con España, sin que pudiera tener otras consecuencias, porque la participación de España supondría una evidente contradicción con el espíritu de la Conferencia.

La verdadera faz del fascismo

El pasado día 16, en la Càmara de los Comunes, un diputado laborista preguntò al Gobierno britànico si estaba en condiciones de facilitar alguna explicaciòn con relaciòn a las evasiones de jefes S.S. alemanes, que se trasladan con toda facilidad a las Repùblicas americanas gracias a la ayuda que les proporcionan significados elementos de la España franquista.

El ministro de Estado, Mac O. Neil, afirmò que era cierto que se producían las evasiones denunciadas y que el ùltimo caso descubierto databa del pasado mes de noviembre. Y añadiò:

«La cuestiòn que ha sido planteada es de un gran interés para todos. Prometo aportar informaciones mucho màs precisas, que han de sernos facilitadas.»

La odisea de Largo Caballero

(Viene de la pág. 3).

el ya citado Lacal les hacía firmar una de estas dos sentencias, a cuál más deseable: al campo de concentración o a España. ¡Magníficos días aquellos!

Se pretendió eliminar a Caballero encerrándole en un manicomio

Habíamos invitado a comer en casa a la familia Caballero el día de Navidad. A las nueve de la mañana llegaron. Venían contentas. El comisario especial las había citado para darles «una buena noticia». La buena noticia era que iban a ver a su padre. Lo vieron, en efecto. En la Comisaría. Accedieron a esa «generosidad», después de haberlo pedido Caballero infinidad de veces. Accedieron a condición de no revelar a su familia el sitio donde estaba recluído.

Sus hijas nos contaron la entrevista. De la clínica lo llevaron, a pie, a la Prefectura. De la Prefectura lo devolvieron a la clínica en coche, con cuatro agentes. Caballero no se explicaba lo que ocurría. Ni por qué lo habían detenido. Preguntó, en seguida, por el «papá de Fito (Fito es mi hijo), creyendo que yo haba sufrido su misma suerte. Buscando una explicación a lo que hacían con él, pensaba si todo ello no estaría relacionado con cosas que podían ocurrir en España y que nosotros ignorábamos. De Trebas—les dijo—lo llevaron a la Prefectura. Le dejaron en una habitación. En un sillón, sentado, veía cómo pasaban las horas. Se cansó de esperar y pidió hablar con el prefecto. Habló con el prefecto. Conociendo a Caballero, fácil será imaginar la escena. ¡Las cosas que diría Caballero! El prefecto insistió en que todo lo que hacía era para protegerle. Para protegerle, incluso de sus amigos. Caballero no pudo contenerse. ¡Entre mis amigos no hay traidores!—le escupió.

En la Prefectura, en aquel cuarto, pasó todo un día. El prefecto se cansó de tenerlo allí. ¿Dónde encerrarlo? Se pensó en la cárcel. Les pareció muy fuerte. Aprovechando la circunstancia de tener rota la clavícula derecha, decidieron enviarlo a la clínica del Dr. Jaur. Allí ingresó como un paciente cualquiera. El administrador comenzó por pedirle dos mil francos, que Caballero abonó. Lo llevaron a una habitación. En ella se metió también el agente que lo vigilaba. Llegó la hora de acostarse. Caballero invitó al agente a que se retirara. El agente dijo que lo sentía mucho, pero que las órdenes que tenía eran terminantes: estar siempre con Caballero. «¡Eso no!—exclamaba Caballero—. Esta habitación la pago yo y la utilizo solo yo. Mientras esté usted en ella, yo no me acuesto. A mí me vigila usted o me «protege» desde fuera, desde el pasillo; pero desde dentro, no. Consulte con sus jefes. Esto es absurdo. Yo no lo tolero.»

Consultó con sus jefes el agente y le autorizaron a vigilar desde el pasillo. Mientras estuvo en la clínica, le asistía una monja, la monja que descubrió su paradero. Le dejaron escribir hasta tres cartas a sus hijas, cartas que no se cursaron jamás. Le decían que telefoneaban todos los días a Trebas para dar noticias a sus hijas, cosa que no hicieron nunca...

Lo que no supo Caballero, lo que no he sabido yo hasta mucho después, es que la mala bestia del prefecto, cuando quiso deshacerse de Caballero, tuvo una idea genial: quiso internarle en el manicomio de Albi, en el Bon Sauveur. No es que creyera que Caballero estuviese loco, ni mucho menos, es que creía que era un lugar seguro y secreto. Para ello llamó al director del establecimiento, el Dr. Trillot, a quien hizo la proposición consiguiente. Y el Dr. Trillot, hombre de derecha, de extrema derecha, se negó. Dijo que en su establecimiento, mientras él fuese director del mismo, no ingresarían más enfermos que la ley señala como tales. Vengan los informes de tres médicos que certifiquen la necesidad de internarle y yo le abro las puertas del Bon Sauveur. Si no, no.

Naturalmente, no se encontraron los tres médicos. Ni los buscaron siquiera. La actitud digna del Dr. Trillot evitó una nueva vejación y una nueva vergüenza. Entonces se decidió llevarlo a la clínica. El propio doctor Trillot me ha dado esta referencia en 1945...

Triste peregrinación carcelaria

Primero de enero de 1941. De Gaulle había dado la consigna desde la radio de Londres que, como acto de protesta contra el régimen de Vivhy, ese día, de dos a tres de la tarde, todo el mundo quedase en casa. «Sólo saldrán durante esa hora—decía la voz de los «libres»—los traidores».

En casa estábamos mi mujer, Carmencita, el coronel García Vayas y yo. Habíamos terminado de comer. Estábamos sentados junto a la ventana que da a la calle. Queríamos ver cuántos «traidores» circulaban por ella. A las dos y media pasó un gendarme. ¡Ahí va un traidor!—dijimos todos, a coro. Momentos después, sonaba el timbre de la calle. Era el gendarme. Preguntó por mí. Con voz campanuda me leyó la orden que me traía. Según ella (1), aquella misma noche, conducido por los gendarmes—perdón, no por los gendarmes, según se esforzaron en aclararme en la Gendarmería, sino por un jefe—me tenía que reintegrar a mi residencia vigilada de Chambon-le-Chateau. Firmé el enterado. Me reintegraron a Chambon-le-Château. Recuerdo que cayó una nevada tan fuerte el día de mi llegada, que estuvimos quince días incomunicados del mundo. Ni el correo pudo llegar. El espectáculo era magnífico... por fuera.

El primero de enero se me llevaron a mí. El 2 de enero se llevaron a Caballero. Se lo llevaron en coche. Permitieron que lo acompañara una de sus hijas, Carmencita. Se lo llevaron a Crocq (Creuse) donde quedó, como yo, en residencia vigilada. Después de muchas demandas, autorizaron la llegada del resto de la familia. De Crocq, para responder de la demanda de extradición, lo encerraron en la cárcel de Limoges. Entró en ella el 30 de octubre de 1941. Salió de ella, cuando no se concede la extradición, el 25 de noviembre. De la cárcel de Limoges lo llevan a otra cárcel mejor. A una cárcel «dorada», como me escribió a Marcols-les-Eaux, mi nueva residencia vigilada. Lo llevan al balneario de Vals-les-Bains (Ardèche) donde se encontraba Jouhaux. De Vals-les-Bains, el 5 de febrero del 42, se lo llevan a Nyons (Drôme). Y de Nyons, el sábado 20 de febrero del 43, se lo llevan los alemanes...

¡Pobre Caballero! No merecía, no, la terrible odisea que le hicieron pasar en Francia, en esta tierra que tanto amó y a la que hemos confiado el triste privilegio de conservar sus preciados restos hasta que podamos llevárnoslos a España, a su España, con la que soñaba todos los días.

(1) La orden decía así: «Note de service. Le nommé Llopis, Rodolfo, en résidence à Albi, 26, rue de Genève, n'a été autorisé le 23 septembre 1940 à séjourner à Albi que pour préparer son départ au Mexique, selon son propre engagement.

Ce départ n'ayant pas eu lieu, il sera notifié à Llopis, Rodolfo, qu il devra quitter le Departement du Tarn et réjoindre immédiatement son ancienne résidence surveillée de Chambon-le-Château (Lozère).—Le colonel Bayet, commandant militaire du Departement du Tarn.»

Necrológicas

El día 12 de marzo, a las tres de la madrugada, falleció en el Hospital de St-Eloi, víctima de grave enfermedad, el afiliado de nuestra U.G.T. en el Exilio compañero Salvador Aledo Pascual.

El finado nació en Masalaves (Valencia) el 25 de julio de 1901. Era casado, y su esposa reside en Valencia.

El sepelio se llevó a cabo en la mañana del día 13, a cuyo acto asistieron muchos compañeros y amigos, entre los cuales gozaba de simpatías.

Con el dolor que estas pérdidas producen, enviamos a su esposa nuestro más sentido pésame, así como a los demás familiares del finado.

Nouvelles d'Espagne

M. CULBERSTON EST ALLE EN CATALOGNE

Le chargé des Affaires des Etats-Unis, accompagné de plusieurs personnalités américaines, a visité la ville de Pont d'Armentera, afin de remercier personnellement l'artisan M. José Tous, qui lui avait gracieusement envoyé une pièce de tissu fabriquée à la main par lui-même et des amis.

Le village était pavoisé aux couleurs américaines et espagnoles. Le maire offrit un déjeûner et toute la ville acclama M. Culberston et les Etats-Unis. (Ider.)

UN ALLEMAND, DIRECTEUR D'ORCHESTRE

Le Conseil municipal de Valence vient de nommer directeur de l'Orchestre Municipal de la ville l'ex-directeur de l'Orchestre Symphonique de Berlin, refugié en Espagne.

Le contrat d'engagement a été établi pour quatre ans. (Ider.)

EMPRUNT DE 80 MILLIONS DE PESETAS

Le Bulletin Officiel de l'Etat publie un ordre autorisant le Patronat de la Fondation José Antonio Girón à la négociation d'un emprunt de 80 millions de pesetas avec l'Institut de Crédit des Caisses d'Epargne Générales d'Espagne.

La Fondation José Antonio Girón, créée et organisée par le ministre du Travail du Gouvernement franquiste, M. José Antonio Girón, s'occupe spécialement de secourir ceux qui sont affectés par des accidents du travail, moyennant des conditions spéciales. (Ider.)

LA FRANCE NE DESIRE PAS LA PARTICIPATION FRANQUISTE

Questionné sur les possibilités d'une participation de l'Espagne actuelle dans les travaux des Seize pour la reconstruction européenne, M. Pierre Abelin, secrétaire de la Présidence du Conseil français, a déclaré que la France n'avait pas pensé à cette participation. (Ider.)

L'EVEQUE DE BARCELONE ET LE PROTESTANTISME

Le docteur Modrego y Casaus, evêque de Barcelone, a publié une exhortation pastorale attirant l'attention des catholiques espagnols sur «les agissements d'une étrange secte qui plus ou moins sournoisement cherche à saper l'indomptable unité séculaire du catholicisme de l'Espagne».

Monseigneur Modrego dénonce «d'audace protestante qui cherche à s'imposer chaque fois davantage», et demande aux catholiques de réagir «afin d'annuler les effets malsains de ces campagnes».

Rappelons qu'à la suite d'«exhortations» similaires rendues publiques ces mois derniers des sacerdoces protestants à Granollers et à Barcelone furent l'objet d'agressions, et des temples protestants furent assaillis par la Jeunesse de l'Action Catholique. (Ider.)

PERSONNE N'A SONGE A L'ESPAGNE FRANQUISTE

A la Chambre des Communes, un député laboriste a demandé si lors de la Conférence de Bruxelles entre la Grande Bretagne, la France et le Benelux on avait pensé inviter l'Espagne pour en faire partie.

Le sous-secrétaire parlementaire du Foreign Office, M. Cristopher Mayhew, en regardant tout étonné le député laboriste, a répondé tout simplement:

—Non, monsieur. (Ider.)

L'ESPAGNE, TOUJOURS PHALANGISTE

Dans la «Casa de Campo» les exercices et les manœuvres qui ont été inaugurés le 1er mars pour la formation de chefs des «centuries» du Front des Jeunesses Phalangistes des provinces ont pris fin.

Les jeunes gens promus chefs des «centuries» ont reçu leur diplôme, et après avoir visité le «caudillo» pour lui témoigner leur attachement, ils ont regagné leurs postes de commandemant provinciaux. (Ider.)

LA BAISSE DES PRIX A BARCELONE

La Presse catalane dédie de longues colonnes à la campagne ménée contre la vie chère, exprimant sa satisfaction pour les bons résultats acquis jusqu'à ce jour sur les prix de diverses denrées qui ont considérablement baissé.

D'après ces commentaires, dans le marché parallèle—on ne parle pas des produits de rationnement parce q'on ne les voit pas — on a constaté que le sucre, par exemple, qui était payé 75 pesetas le kilo (soit environ 800 francs au change officiel), est descendu à 40 pesetas le kilo; l'alcool à brûler, de 23 pesetas le litre, à 15; le café est descendu à 23 pesetas nets, et l'huile se paie maintenant 50 pesetas le litre.

Les salaires, qui fort heureusement, n'ont pas «descendu», continuent à être de 18 à 25 pesetas par jour, selon la spécialité des travailleurs. (Ider.)

Actividad Departamental

CASTRES

P.S.O.E.

Esta Sección ha nombrado el siguiente Comité, en lugar del anterior dimitido:

Presidente, Juan Piñeiro; secretario, Valentín Alvarado; tesorero, Patricio Lafuente; vocales, Graciano Fernández y Bernabé González.

La correspondencia al secretario: Hôtel Combes, 17, rue Víctor Hugo, Castres.

MARSELLA

GRUPO «PABLO IGLESIAS»

El pasado día 13, y en el domicilio social del Partido, se procedió, ante una representación del Comité local y numerosos compañeros, a la revisión y sorteo de la rifa de la «Historia Socialista de la Revolución Francesa», por Jean Jaurès, resultando agraciado con tan interesante premio el número 721.

El compañero poseedor de dicho número deberá dirigirse al secretario administrativo del Grupo, compañero Angel González (67, rue Grignan), antes de los tres meses a partir de la publicación de esta nota.

LYON

En la reunión celebrada el día 28 de febrero se procedió a la elección de nuevo Comité, quedando formado como sigue:

Presidente, Alejandro Ramos Fernández; vicepresidente, Antonio Martín García; secretario, Cristóbal Hernández Díaz; vicesecretario, José León Ayalos; tesorero, Rafael Montoya Córcoles; vocales, Juan Oliver González y Joaquín del Jesús.

LLAMAMIENTO
de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos a la opinión democrática mundial

No nos proponemos hacer el proceso cronológico de la dolorosa odisea de los republicanos españoles deportados en el campo de trabajos forzados de Karaganda, en el desierto de Kazakstan (U.R.S.S.) Nos basta afirmar, de acuerdo con los más elementales principios que el honor y la conciencia exigen de la seriedad y conducta de toda colectividad, que la existencia y situación gravísima de aquellos compatriotas es cierta y que su antifascismo y republicanismo son certificados por una trayectoria sin mancha autentificada por organizaciones y personas que, como nosotros, soportan las condiciones de nuestro exilio y que les conocen de largos años.

Nos basta añadir, brevísimamente, que se trata de soldados del ejército de la República y que el heroísmo el valor de que hicieron prueba en el curso de nuestra guerra, les valió para ser seleccionados y ser enviados a Rusia por el Gobierno republicano con el fin de perfeccionar su instrucción como aviadores. Otros, marinos de recia disciplina antifascista, formaban parte de tripulaciones encargadas del transporte de material y de oro. Algunos, por fin, médicos o profesores de solvencia moral probada, a quienes se les confió el mejor de nuestro tesoro: la responsabilidad de las colonias infantiles de las que luego más tarde, en el territorio ruso, fueron bruscamente separados.

Sirvan estos primeros antecedentes para gritar muy alto a los propagadores de falsedades que han pretendido estigmatizar a aquellos republicanos que, ni remotamente se trata de elementos de la «División Azul», los cuales, por contra, y pese a su calidad de «mercenarios», benefician del estatuto de Prisioneros de Guerra establecido por la Convención de Ginebra.

Es deber imperioso en nosotros; imperativo ineludible de todos los que han conocido el hambre, el frío y la desolación bajo el poder de los inquisidores de la Gestapo y de la SS. y es función de ciudadanía de todo ser humano para quien las palabras Libertad y Derecho de Gentes tienen un valor definido por los códigos, reclamar y exigir, por solidaridad, la liberación de aquellos hombres sobre los cuales pesa una amenaza de muerte segura. Nuestras voces y nuestra protesta van también dirigidas contra todo método o régimen que priven a los hombres de pan y libertad.

Recurrimos al medio extremo de este llamamiento dirigido a todos los hombres y mujeres del mundo sean proletarios o intelectuales, ateos o creyentes, blancos o de color que aún no hayan olvidado los dolores y desgarros de la terrible tragedia a que ha sido sometida la humanidad, para que aunen sus esfuerzos a los nuestros para lograr la liberación de cuantos injustamente en Karaganda y en tantos Karagandas como existan, sean víctimas de una monstruosa aberración. Y recurrimos a esta última tentativa, cuando considerando agotadas todas las gestiones amistosas y correctas cerca de las autoridades de la U.R.S.S. directas y también por vías diplomáticas, así como por intervención de instituciones de solidaridad internacional, ha seguido a la misma una indiferencia completa y un silencio de frío.

El crimen que se prevee en Karaganda revelará mayores proporciones si llega a consumarse. La vida y la seguridad de los demócratas antifascistas es gravemente amenazada mientras que, como contraste paradojal, los neofalangistas que debían merecer por parte de la U.R.S.S. un trato de mayor severidad, a juzgar por las apariencias, previo deseo expresado por aquellos, fueron con las mayores consideraciones, dirigidos en el año 1939, a la frontera de Turquía por las autoridades soviéticas en cuyo país se hizo cargo de ellos la Embajada franquista enviándolos a España.

Mejor oportunidad no la encontrarán quienes proclamándose defensores de la libertad y de los fueros ciudadanos, vuelven sus miradas hacia la U.R.S.S. fundando en ella sus grandes esperanzas para probar la sinceridad y la buena fe uniendo sus esfuerzos a los nuestros y lograr la liberación de los republicanos de Karaganda.

Esperamos que, finalmente, nuestra llamada sea oída por la O.N.U. y por los Gobiernos para que, espontaneamente, ofrezcan sin reservas hospitalidad y seguridad a aquellos compatriotas nuestros. La Liga Internacional de los Derechos del Hombre, no dudamos que, haciendo honor a los principios básicos, secundará con aliento y sin demora la generosa acción que reclama la liberación de los españoles antifascistas de Karaganda.

La Federación Española de Deportados e Internados Políticos agradece públicamente los valiosos concursos y apoyos que, para este problema ha recibido y recibe constantemente de manera tan generosa de distintos países.

La Federación Española de Deportados e Internados Políticos quiere esperar que las autoridades de la U.R.S.S. sabrán recoger el eco angustioso de madres y familiares cuyas únicas fuerzas de vivir residen en la esperanza de abrazar junto con la libertad de España, los seres queridos que les cuestan tantas lágrimas.

París, 1 de marzo de 1948.—Por la Plenaria de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos, *EL CONSEJO NACIONAL.*

Una escuela de niños españoles en la U.R.S.S. en 1940.

Niños españoles en el "Paraiso Soviético" (5)

por **SENIO**

(CONCLUSION)

NUESTRO AMIGUITO TIENE POCA MEMORIA

Tenemos un amiguito que ha logrado salir del Paraíso. Es un concienzudo comunista. Cuando llegó a tierras de Francia poseía esa inaguantable petulancia de todos los konsomols. Su monstruoso y estúpido engreimiento fué disolviéndose como un azucarillo en un vaso de agua al contacto con la realidad. Ni que decir tiene que es «ingeniero». Fuma y come sin descanso. Mira todo con los ojos de quienes están bajo la impresión de ser objeto de formidable mixtificación. Su compasivo horror hacia los esclavos del capitalismo se ha tornado en incontenible estupor y en náuseas. Está a punto de perder su norte ideológico. Le acecha el escepticismo, si no algo peor. Cuando se le pregunta por la situación de los niños en Rusia se refugia tras la debilidad de su memoria. Su mirada recelosa, que refleja un temor incomprensible para nosotros, desmiente sus palabras. No quiere acordarse. No obstante, a puro preguntar, esperando sus ramalazos de cólera y asco hacia sus mixtificadores, de los que aún es un prisionero, nos ha ido hablando de sus compañeros de infortunio. La historia de cada uno de ellos está empapada de dolor y lágrimas, de miedo y violencias. Ha llegado a hablarnos de ciento catorce. Entre miles, no es mucho. Ciento catorce muertos. De la causa de la muerte de cada uno de ellos. Del lugar donde han muerto. Si nuestro amiguito tuviera memoria y su mirada se hubiera limpiado de recelos y de una lucecilla de terror, serían más nombres. Pero son bastantes. Les damos sin un comentario. Bastantes lágrimas costarán así como van.

RELACION DE CIENTO CATORCE ESPANOLES MUERTOS EN RUSIA

A continuación publicamos la relación de los niños españoles fallecidos en Rusia, así como el lugar y causa de su muerte:

NINOS DE EUZKADI

Arostegui, Julio, durante la evacuación. Tuberculoso.
Acha, Nicolás, en la cárcel de Tibilisi.
Alvarez, Vicente, en Karkov. Tuberc.
Aranda, Nieves, en Tiflis. Tuberc.
Alvaya, Pedro, en Elnamopens. Tub.
Aragón, Angelita, en Tibilisi. Asesinada.
Aldaz, Julio, en Moscù. Tuberculoso.
Asín, José Luis, en Leningrado. De hambre.
Arce. No se conoce otro nombre. Era conocido por el hermano de César. Murió en Saratov, de tuberculosis.
Arbizu, José Luis, en Urales, de heridas de guerra.
Andrés, Acacio, en la cárcel de Moscù.
Aguirreburualde, Antonio, en el frente de Leningrado.
Barlotomé, Luciano, en Tiflis. Tuber.
Ballesteros, Araceli, en Jerson. Idem.
Baranda, Inocencio, en Tiflis. Meningitis.
Baranda, Carmen, en Tiflis, Tuberc.
Barrenechea, en Tiflis. Idem.
Belilla, Antonio, en Moscu. Idem.
Beltrán, Milagros, en Tiflis. Idem.
Blanco, Teresa, en Tashken. Idem.
Bley, Juan, en Tiflis. Idem.
Baqueriza, Vicente, en Moscù. Idem.
Carazo, Segunda, en Stalingrado con su hijo recién nacido.
Carazo, Juan, en Saratov. Meningitis.
Campos, en Moscù. Accidente tren.
Manteli, Marina, en Moscù. Tuberc.
Cortés, María Luz, en Saratov. Idem.
Corredor, Luis, en la cárcel de Tibilisi
Cereceda, Asunción, en Saratov. Accidente de trabajo.
Cordevilla, Jesús, en bombardeo de Moscù.
Carretero, en Saratov. Disentería.
Delgado, Francisco, en Moscù. Tub.
Delgado, Luis, en Saratov. Idem.
Díaz, Antonio, en Saratov. Tifus.
Fernández (hijo de Víctor), en Tibilisi. Accidente.
Frades, Luis, en el frente Leningrado.
Grisalella, Pilar, en Stalingrado.
García, Ignacio, en Stalingrado. Disentería.
García, José Mari, en Saratov. Tuber.
García, Linos, en Saratov. Idem.
Garca, Eulogi, en Saratov. Idem.
García, Epicuro, en el frente de Leningrado.
García, Carmen, en Saratov. Tifus.
García, Amelia, en Moscù. Tuberc.
González, Julio, en Jerson. Cardíaco.
Goicoechea, Antonio, en Tiflis. Accidente.
Hernández, Juan José, en Tiflis. Asesinado.
Hernández, Eugenia, en Saratov. Tub.
Ibáñez, Félix, en Stalingrado. Bomb.
Ibarra, en Moscù. Tuberculoso.
López, Bernardo, en Moscù. Idem.
López, Francisco, en la cárcel de Tibilisi.
López, Mariano, en Tasquent Tuber.
Larrañaga, José Luis, en el frente de Stalingrado.
Lizarralde, Milagros, en Tiflis. Tifus.
Landa, Luisa, en Moscù. Tuberculosa.
Lejarza, Gregorio, en Tiflis Idem.
Lejarza, Valentín, en Saratov. Idem.
Lejarza, Filomena, en Moscù. Idem.
Larrosa, Angel, en Crimea. Idem.
Martínez, Angel, en Leningrado. De hambre.
Morillo, Angel, en Saratov. Tuberc.
Merino, Pedro, en el frente de Leningrado.
Miguel, Luis, en Moscù. Tuberculoso.
Miguel, Jesús, en Moscù. Idem.
Menéndez, en el frente de Leningrado.
Ormaechea, Bautista, en Moscù. Accidente.
Ortiz, José, en el frente de Leningrado
Pablo de, Ester, en Moscù, Tuberculoso
Pinedo, Ester, en Tiflis. Apendicitis.
Prieto, Antonio, en Saratov. Cardíaco.
Pereda, Pedro, en Saratov. Tuberculoso
Pérez, Teodoro, en Leningrado. Hambre
Pérez, Luis, en Tibilisi. Al salir de la cárcel.
Pérez (a) Lángara, en el frente de Leningrado.

Los chicos le llamaban a éste «Lángara» de apodo por su afición al fútbol.

Peña, Tomás, en la cárcel de Tibilisi.
Peña, Marcelino, en Moscù. Tuberc.
Recarey, Asunción, en Saratov. Idem.
Ruiz, Pepita, en Leningrado. Idem.
Ruiz, Emiliano, en Moscù. Asfixiado.
Raya, José Antonio, Tashken. Tuberc.
Rivas, Arsenio, en Leningrado. Idem.
Rial, Juan, en Leningrado. Loco.
Sáez, Angel, en Moscù. Tuberculoso.
Santos, Milagros, en Saratov. Cardíaca
Zabala, Antonia, en Jerson. Mening.

NINOS DE OTRAS REGIONES

De Asturias

Alegría, en Karkof. Tuberculoso.
Alvarez Vicenta, en Stalingrado. Idem.
Angelita, en Saratov, Idem.
Casero, Adolfo, en Ufa. Basquiria. De Hambre.
Carmina, en Tiflis. Tifus.
Camporro, con treinta más, a su llegada a Saratov.
Durán, en Karkof. Cardíaco.
Fernández, Luis, en Saratov. Tuberc.
García, Belarmina, en Moscù. Idem.
García, Cipriano, en Moscù. Accidente
Loche, Luisa, en Stalingrado. Bombar.
López, Tomás, en Saratov. Meningitis.
Monsequín, Honorina, en el Cáucaso. De aborto.
Meana, Florentino, en Moscu. Suicidio
Montes, Gloria, en Eupatoria, Idem.
Méndez, Pedro, en Moscù. Tuberculoso
Nieves, Angel, en Stalingrado. Idem.
Prida, José, en bombardeo Stalingrado.
Posada, Emilio, frente de Stalingrado.
Terrón, Marina, en Tiflis. Tifus-tuberculosis.
Zapico, Gandiosa, en Moscù. Tuberc.

De Madrid:

Herrera, Angel, frente de Leningrado.
Latorre, Rafael, idem idem.
Royo, Florencio, en Saratov. Tuberc.

De Andalucía:

Gobena, Ignacio, en Saratov. Tuberc.

Las causas de la muerte son significativas. Sobre un total de ciento catorce muertos, cincuenta y dos han muerto tuberculosos; doce en el frente; ocho por causas desconocidas; seis en la carcel; seis por accidente; cinco de meningitis; cuatro de hambre; cuatro de bombardeo; cuatro cardíacos; dos asesinados; dos de disentería; uno de apendicitis; uno asfixiado; un demente; una por aborto y un suicidado.

CONCLUSION

Los niños españoles fueron evacuados a Rusia y acogidos por el Gobierno Soviético para ser albergados mientras durara la contienda. Tras la guerra de España inicióse la guerra mundial y es natural que siguieran allí los niños. Terminada la guerra mundial el Gobierno soviético se niega, empleando ardides y escapatorias, a devolver a sus padres los niños que tan confiadamente le fueron entregados. El motivo de su negativa es el mismo que le hace cerrar sus fronteras a cal y canto. No quiere testigos de su tiranía que puedan romper la sugestión que todavía ejerce sobre muchos trabajadores revolucionarios. No desea que el mundo le pida cuentas de su gestión tutelar cerca de los niños españoles. La ignominia de esta acción debe concitar las voluntades de todos los hombres libres en una sola tensa y dirigida hacia la liberación de nuestros desgraciados compatriotas. Guardar silencio es hacerse cómplices de este nuevo crimen. Todavía quedan en el mundo organizaciones poderosas que pueden ayudarnos en nuestra tarea, ayudar a unos padres a recobrar a sus hijos. La justicia de la causa es tan limpia que toda la baba venenosa del jesuitismo moscovita será incapaz de macularla. Una buena y limpia causa es digna de que se les preste mayor atención que pasar distraidamente sus ojos por el relato y suspirar compasivamente. Franco secuestra a nuestro pueblo, Stalin a millares de niños españoles. La inmensa tragedia de nuestro pueblo tiene, pues, poderosos obradores y hasta ahora desmedrados debeladores. Empecinadamente seguimos llamando la atención de las conciencias libres para que al poderío de las fuerzas del mal se oponga la potencia organizada de las fuerzas del progreso. Una y otra vez repicaremos en vuestros cerebros y en vuestros corazones. Romperemos vuestra resistencia porque nuestra vida no tiene más objeto que limpiar con un poco de justicia las tremendas injusticias inferidas a nuestro pueblo. Ayudadnos en esta labor. Ayudadnos a liberar España. Ayudadnos a liberar a los niños españoles.

Ten en mente que tus cartas no llegan a mi poder. Es casi inútil, pues, que escribas

Apréciese la desesperada resignación que han dictado esas dos líneas.

Se desea conocer...

El paradero de Mariano Guallar Bescós, de Borán (Huesca), rogándole escriba a su pariente en Oloron, Ignacio Guallar, o a sus familiares de España, sin pérdida de tiempo, para informarle de asuntos de familia.

—Se desea saber el paradero de Mariano Alonso Sánchez, natural de Leganés (Madrid), perteneciente a la Agrupación de Montauban y que habitaba en la citada ciudad 5, rue Tardieu. Dirigirse a Francisco Hernández: 4, rue Ste-Geneviève, Clermont-Ferrand, para informarle sobre asuntos familiares.

—Joaquín Espeleta y Adrián Pardo Allent desean relacionarse con sus paisanos de Zaragoza. Dirigirse a Berdones, par Mirande (Gers).

—Se desea saber el paradero del compatriota Arlacho de la Vega, que residió hace tiempo en Carcassonne. Dirigirse a Apolinar Rodríguez, P.S.O.E., rue Navarrot, 6, Pau (B. P.), quien tiene que comunicarle un asunto de interés.

—El paradero de Diego Ramírez Bernal. Dirigirse a José Rubio Lillo: 21, rue de Castres, Toulouse (H.-G.).

La odisea de F. Largo Caballero

Su primera detención en Francia

Los alemanes avanzaban sin encontrar demasiadas resistencias. París se sentía amenazado. El Gobierno pensó evacuar París. La radio dió la noticia. Noticia, que no era una noticia, sino una orden. Los refugiados españoles que vivían en París, intentaron, pues, evacuar. No querían caer bajo las garras de los invasores. Todos los refugiados españoles de cierta significación quisieron salir de París. Todos lo quisieron. Muchos lo consiguieron. Otros, por desgracia, no lo lograron. Y algunos, lo pagaron caro. Fueron entregados a Franco, quien, con gran regocijo, los fusiló. Zugazagoitia fué uno de ellos. Companys, Manolo Muñoz y Cruz Salido, aunque lograron salir de París,, no consiguieron llegar a la zona «libre». Fueron también entregaros a Franco y fusilados. Otros, entregados igualmente a Franco—Montilla, Rivas Cherif, Teodomiro Menéndez, Miguel Salvador, etc.—lograron, afortunadamen- salvar la vida.

La llegada a Albi de Largo Caballero con su familia

Largo Caballero, con su familia, pudo salir de París. Y llegar a la zona que después fué «libre». El 16 de junio de 1940, domingo, a las nueve y media de la mañana, se presentaba Largo Caballero en mi casa. Le acompañaban sus hijas y su parienta la señora María. El pobre Caballero llegaba en estado lamentable. Se comprende. Para venir de París a Albi habían tardado una semana. Contaba y no acababa. Había utilizado todos los medios imaginables de locomoción. El coche, el camión, el tren, a pie... Había dormido en el suelo, en un camión, en un wagón... En todas partes y en ninguna. El espectáculo de los refugiados que querían alejarse lo más posible de los alemanes, no permitía conciliar el sueño. Ni pudieron dormir, ni lograron co[illegible]. En esas condiciones llegaron a casa. Desayunaron y se acostaron inmediatamente.

Yo marché al Ayuntamiento para comunicar al alcalde la noticia de la llegada de Caballero. El alcalde era un senador, M. Camboulives, del grupo neo-socialista, que me testimoniaba gran amistad desde el día que, en función de su cargo, me casó. En aquella ceremonia, leyó un magnífico discurso lleno de fervorosa simpatía a nuestra causa—estábamos al comienzo de la guerra civil—discurso que le costó muy caro, pues al instalarse el régimen de Vichy, a pesar de las zalemas que hizo Camboulives a la nueva situación, sus enemigos políticos exhumaron, entre otras cosas, aquel inocente discurso y le costó la Alcaldía. ¡Ya tuvo buen cuidado en decírmelo después más de una vez!

El alcalde me citó a su despacho, a las cuatro de la tarde. Me recibió acompañado del comisario municipal de Policía, M. Legal, que fué siempre durísimo para los refugiados españoles, empezando por mí mismo. Le dije al alcalde que había llegado, replegado de París, mi presidente, Largo Caballero; que se había instalado en mi casa y que, aparte mi obligación de comunicarle la noticia, quería saber los requisitos que hubiésemos de cumplir para estar en regla.

—No se preocupen ustedes—me dijo campechanamente, según su costumbre. Ya arreglaremos todo eso mañana u otro día. ¿Ha prevenido usted al Prefecto?—me preguntó.

—Todavía no—le contesté—. Me ha parecido obligado comenzar por las autoridades locales. Por otra parte—añadí—hace unos días hablé con el secretario general de la Prefectura, M. Croffond, a quien anuncié la posibilidad de que mi presidente se refugiara en casa, si llegaba a evacuarse París. Y el secretario general quedó en advertir al Prefecto.

—Conviene prevenirle cuanto antes—dijo el alcalde. Y, por teléfono, habló con la prefectura. No estaba el Prefecto. Había salido a recorrer el Departamento para instalar refugiados, que llegaban a torrentes de todas partes. Pero habló con el secretario general, que anunció venía a la Alcaldía para hablar del «Bando» que acerca de los «replegados» se iba a fijar en las esquinas. El bando era una glosa de la frase que, por radio, acababa de lanzar él entonces jefe del Gobierno: *«Français , soyez chaque jour plus fraternels!»*

Mientras llegaba el secretario general, hablamos de la situación. Todos, los tres—alcalde, comisario de Policía y yo—convenímos en que no había nada que hacer ya militarmente. La guerra estaba perdida. Comentábamos las noticias conocidas y ninguno de nosotros ocultaba su pesimismo, si pesimismo es reconocer la evidencia.

Llegó el secretario general. Llegó, como solía llegar a todas partes, por la tarde. Muy... optimista. Tan optimista... que solía discurrir con dificultad. Entró radiante de espíritu bélico.

—¡Acabo de detener a unos insensatos, por derrotistas, que afirmaban estaba ya perdida la guerra!—nos espetó por todo saludo! ¡Eso no!—continuó—. Quien tal diga y yo me entere, va a la cárcel de cabeza. Ahora no estamos como en el 70. ¡Nada de capitulaciones! Ni hay Ejército cercado, como entonces, ni hay generales traidores, como entonces...

Fatigado por el esfuerzo que hubo de hacer para pronunciar aquella arenga, se paró a descansar. El alcalde, el comisario y yo, nos miramos. No dijimos nada. Seguramente todos pensábamos lo mismo. Esto es, que si llega a oir nuestra conversación anterior, vamos todos de cabeza a la cárcel ¡por... derrotistas!

El alcalde anunció al secretario general que Largo Caballero se encontraba en mi casa. Y el secretario general, ni corto ni perezoso, sentenció:

—Si yo fuese Prefecto, autorizaría al presidente a residir en el departamento, pero no en la capital. Lo instalaría a más de treinta kilómetros de Albi.

La fórmula me indignó. Me pareció una ocurrencia... vespertina del secretario general de la Prefectura. Me permití decirle que no me explicaba aquel punto de vista. ¿Qué más le daba a la Administración que se instalase en Albi o a treinta kilómetros? Caballero, aparte las consideraciones que se le debían por su significación social y política y por su edad, tiene su carta de tres años que le permite residir en cualquier sitio de Francia. Pero es que, además, ahora, con la afluencia de replegados, que duermen hasta en la calle, no se instala uno donde quiere, sino donde puede. Caballero está en mi casa. Yo respondo de sus actividades. Dejémoslo tranquilo.

—No. Yo no quiero más jaleos—me atajó malhumorado el secretario general. *Pas d'histoires!* Ya tenemos bastante con usted aquí. ¡Un Presidente del Consejo de ministros y un subsecretario en Albi.../ Ah, no. Me lloverían los anónimos, las protestas. ¡El Vigan no nos dejaría vivir! (1).

—¡Dichoso Vigan y dichosos anónimos!—repliqué—. Si ustedes, autoridades, no son capaces de reaccionar contra el Vigan y contra los anónimos, están perdidos.

—Ya le dije a usted en otra ocasión—añadió el secretario—que usted había cometido la torpeza—«tort»—de venir a vivir a Albi.

—Sí—repliqué con viveza—. Por lo visto me equivoqué. Recuerdo lo que le contesté entonces. Le dije que me había equivocado al creer que Albi era Francia. Ya veo que, según usted, no lo es.

(1) El Vigan es el centro de la ciudad. Una plaza-paseo donde, todos los días, antes de comer y antes de cenar, coinciden gran número de albigenses. Se comenta, se chismorrea, se critica. El «Forum» de los empedernidos tradicionalistas de la localidad.

Una original interpretación de las leyes de hospitalidad

Marché a casa malhumorado. Entristecido de ver tanta cerrazón mental. Y en las esquinas ya estaba el famoso bando: *«Français soyez chaque jour plus fraternels!»*

Al llegar a casa me encontré a Caballero en cama. No se sentía bien. Llamamos al médico.

Al día siguiente, lunes, me citó el alcalde. Me dió a leer una comunicación del Prefecto. La comunicación decía que siguiendo las leyes de la hospitalidad, no tenía inconveniente en permitir la estancia de Caballero en el Departamento, pero a treinta kilómetros de la capital. Y que abandonase la ciudad en un plazo de veinticuatro horas...

No pude contener mi indignación. Le dije que era un sarcasmo invocar la ley de hospitalidad cuando se tomaban medidas de esa naturaleza. Lo que aplicaban a Caballero no era la ley de hospitalidad, sino la ley contra los sospechosos, contra los indeseables... Y eso se hacía con un hombre de setenta años, con un ex presidente del Consejo de ministros, con un enfermo, con un amigo sincero de Francia... Pero, además, ¿dónde encontrar un albergue para Caballero y su familia, si la gente se hacinaba en las casas y hasta dormía en los portales?

Llegué a casa. Allí se encontraba el médico. El Dr. Devoisins. Muy buen amigo de la familia de mi mujer. Sincero admirador de España. El Dr. Devoisins hizo un diagnóstico prudente: «El presidente—dijo—está fatigado. Tiene un enfriamiento. Padece, sobre todo, un «choque» moral. No creo que haya complicaciones. Deberá quedarse en cama unos días. Yo volveré pasado mañana.»

—¡Pasado mañana! ¡Imposible!—le dije—. Vengo de la Alcaldía. El prefecto nos ha hecho saber que el presidente no puede continuar en Albi. Y que tiene que salir inmediatamente.

—¡Cómo!—exclamó el doctor. Ahora, el indignado era el médico.

—Como lo oye—le dije—. Y yo no hago más gestiones. Estoy harto de tanta mentecatez.

—Las haré yo—añadió el Dr. Devoisins. Y las haré como médico si no me atienden como albigense. Bajo mi responsabilidad—concluyó—no sale de aquí el Presidente. Yo veré al Prefecto. Y se despidió «hasta pasado mañana».

por RODOLFO LLOPIS

Largo Caballero se alberga en una casilla de guardabarrera

Había que buscar alojamiento a Caballero, por si acaso. ¿Dónde? Los pueblos estaban atestados de refugiados civiles y militares. Las autoridades de Albi, preocupadas, pues esperaban la llegada de las tropas alemanas. El alcalde me mandó un recado para que me marchara de casa, ya que, según él, el jueves llegarían los alemanes a Albi.

Una amiga nuestra, Madame Clastre (1), casada con un socialista, funcionaria ella de la Prefectura—en su casa se albergó Rivero Gil—vino a visitarnos. Enterada de lo que ocurría con Caballero, nos ofreció una casita, mas que casita, un albergue, un refugio, que tenía a treinta y cinco kilómetros de Albi. Se trataba de una casilla (2) de guardabarrera de un ferrocarril departamental que comenzaron a construir los prisioneros alemanes de la otra guerra y que no se llegó a terminar. Se trataba de una casita perdida en un rincón inhabitado, junto al Tarn, a tres kilómetros del pueblecito más próximo, que es Trebas. El sitio era ideal para refugiarse allí unos días, en espera de acontecimientos. Ideal porque, si llegaban los alemanes, no darían con Caballero, aunque lo buscasen. Bien lo saben los «maquisards» que hicieron después, en la ocupación, de esa casita, el eje de su acción durante mucho tiempo.

(1) Madame Clastre—toda la familia, pero sobre todo ella—merece ser recordada con profunda gratitud por los refugiados españoles. Aparte lo que hizo por Caballero, fué verdadero paño de lágrimas de infinidad de compatriotas nuestros Vichy no se lo perdonó. A los pocos días de instalarse el nuevo régimen, fué destituída de su empleo en la Prefectura. Destituída mediante oficio, cuya redacción debería avergonzar a la Administración francesa, pues en ese oficio se decía que no se podía ser funcionario francés y tener relaciones con «extranjeros indeseables»; y como Madame Clastre las había tenido y las seguía teniendo, quedaba, por consiguiente, destituída. ¡Los extranjeros indeseables éramos nosotros! ¡Era Largo Caballero! Día llegará en que hayamos de testimoniar nuestra gratitud a Madame Clastre.

(2) Maisonnette N. 13, aux Estreillous, commune d'Assac.

Se aceptó el ofrecimiento El miércoles se levantó de la cama Caballero. Y aunque no estaba para viajes, hubo de cumplirse la orden brutal de la Prefectura. En un coche, por la tarde, se le llevó a la casilla donde quedó instalado. Cuatro días después, el sábado, se firmaba el armisticio.

Nuevo cambio de domicilio

En esa casita permaneció Caballero un mes. Era demasiada soledad. Demasiadas incomodidades. Además, creía Caballero que la familia Clastre, cuyo marido acababan de desmovilizar necesitaría la casa para pasar el verano. Busca Caballero en Trebas unas habitaciones. Encuentra dos en casa de una familia, la familia Clarenc. Allí se instala, en condiciones más que modestas, pésimas. En dos habitaciones tienen que vivir cuatro personas.

Una de ellas, es cocina, comedor y dormitorio de Caballero. La otra, albergará a las tres mujeres. El propio Caballero, en unas notas interesantísimas para su biografía que escribe al cumplir los setenta y un años de edad, dice: «Ahora vivimos en un pueblo de 200 habitantes, entre montes, al lado del río Tarn. Los vecinos son buenos con nosotros. No nos molestan lo más mínimo. Pero la casa donde estamos no tiene agua, ni retrete, y el pueblo no dispone de médico ni de farmacia. Esto me preocupa por si alguno caemos enfermo.»

De su traslado de «domicilio» dí cuenta inmediatamente a la Comisaría. El alcalde de Trebas, a su vez, lo comunicó a la Prefectura.

El primero de julio almorcé en casa de Agustín Malroux (1), diputado socialista por Albi. Almorzó con nosotros Blumel, que había sido Secretario de Blum y que era capitán del Cuerpo jurídico-militar. Y con él, Depreux, hoy ministro de Educación Nacional. En su repliegue habían llegado hasta Albi. En la comida hablamos de muchas cosas, sobre todo de la conducta de los socialistas que no habían cumplido con su deber en aquellas horas de prueba. Blumel nos dijo que venía de la Prefectura. Que el Prefecto le había hablado de Caballero y de mí, y que tenía encargo de decirnos, de su parte, que estuviésemos tranquilos; que si Franco pedía nuestra extradición o si los alemanes venían a buscarnos, él nos avisaría con tiempo para que nos escondiéramos. ¡Siempre era un consuelo!

(1) Agustín Malroux era maestro nacional y alcalde de Blaye-les-Mines, diputado socialista por Albi. Uno de los ochenta parlamentarios con vergüenza que votaron contra Pétain en la Asamblea Nacional de Vichy. Era gran amigo nuestro. Defensor inteligente e impetuoso de nuestra causa. Formó parte de la delegación parlamentaria que asistió a la reunión de Cortes celebrada en Montserrat. Hizo multitud de gestiones en favor de Caballero, al que visitó en Trebas varias veces. En su casa de Albi albergó a refugiados españoles. Durante el régimen de Vichy trabajó eficazmente en la clandestinidad contra los alemanes, que lo detuvieron varias veces. Lo encarcelaron en Fresnes. Lo deportaron a Alemania. Murió en el campo de concentración de Belsen-Larden. Murió dos días antes de la liberación de su campo. El 11 de abril.

El 12 de agosto recibo la visita de un gendarme. Me comunica la orden de confinamiento (1) que ha dictado contra mí la autoridad militar, desde Montpellier, a cuya región pertenece o pertenecía Albi. El 14 de agosto me conducirían a Chambon-le-Château, aldea perdida en La Lozère, a más de mil metros de altitud, limitando con el departamento de Haute Loire. Firmé el enterado. Marché a Chambon-le-Château el día señalado. Aunque pregunté en la Gendarmería, en la Alcaldía, en la Prefectura, en todas partes, nadie supo decirme por qué se me separaba de mi familia y se me colocaba en «residencia vigilada». Ni lo he sabido nunca.

(1) La orden de confinamiento decía así: «Arbi le 9 oût 1940. Ordre de mise en résidence forcée. Référence: Décision nº 4917/12/938 du 27/7/1940 du Général Commandant la 16 Région:

Le sieur Rudolph LLOPIS, ancien soussecrétaire d'Etat du Gouvernement Républicain Espagnol, démeurant à Albi, rue de Genève, 26, est placé en résidence forcée dans la Commune de Chambon-le-Château. L'intéressé sera avisé d'avoir à quitter Albi le 14 août 1940.»

Grave accidente

En el mes de septiembre se recibió en casa, como recibieron todos los diputados, una documentación de la Legación de Méjico autorizando nuestra entrada en dicha República y advirtiendo que teníamos plaza reservada para un próximo viaje. Mi mujer vió el cielo abierto, porque creía era un buen pretexto para salir de Chambon y volver a casa. Por lo demás, ni ella ni yo pensábamos abandonar Francia. Con aquella documentación en la mano se fué a ver al general para decirle que yo necesitaba hacer gestiones para marchar a Méjico, pero que no era posible hacerlas desde Chambon-le-Château. Pidió, pues, que me reintegraran a casa. Después de mucho tira y afloja, consiguió que autorizaran mi retorno a casa «pour préparer son départ au Mexique». ¡Si tendrían ganas de perderme de vista!

El 25 de septiembre volvía yo a entrar en mi casa. Las advertencias que me hizo el Comisario de Policía, no son para contadas. Todos los días me preguntaba por mis gestiones relacionadas con mi marcha a Méjico. Como que tuve que ir a Marsella para demostrarle que era verdad lo del viaje a Méjico. Aunque estoy seguro que no lo creía.

A pesar de la prohibición que me habían impuesto, en bicicleta—no me atrevía a tomar el autobús—hice más de una vez los treinta y cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para ir a charlar con Caballero. No nos bastaban las cartas, que a menudo nos escribíamos, ni las visitas que nos solían hacer sus hijas con frecuencia.

El 19 de octubre, viernes, sufre Caballero un grave accidente que pudo costarle la vida. Le estaba enseñando la planta baja de la casa donde vivía en Trebas, el hijo de su patrona. No se fijó que estaba abierta la trampa de la cueva. Por aquel agujero cayó el pobre Caballero, fracturándose la clavícula derecha. Afortunadamente, los temores de los primeros momentos no se confirmaron. Caballero iba mejor. Pero tenía para mucho tiempo. Comencé a preparar mi visita a Caballero. Cuando iba a realizarla, me avisan que Azaña estaba muriéndose en Montauban. Murió el 3 de noviembre. El general Sarabia nos lo telegrafió a Caballero y a mí. Caballero me rogó le representase en el entierro... Si es que autorizaban mi viaje a Montauban. Lo autorizaron. Fuí al entierro, que se celebró el 5. Cuando regresé a casa, preparé la visita a Caballero.

El sábado 9 de noviembre, a las ocho de la mañana, en bicicleta, por caminos que nadie transita—la explanación del ferrocarril que no llegó a construirse—marché a Trebas. Hablé con Caballero. Para no llamar la atención en el pueblo, pues sabía vigilada la casa de Caballero, marché a almorzar a un pueblecito próximo. Nunca lo hubiese hecho. Para ir a ese pueblecito hay que desviarse del sendero y tomar la carretera durante unos metros. Muy pocos. Los suficientes para que un coche que estaba allí apostado me parara. De él descendió un energúmeno, hombre de la Legión, funcionario de Contribuciones, llamado Cami que, a boca de jarro, me espetó

—¿Todavía anda usted suelto?

La cosa me pareció tan insólita que no supe lo que me preguntaba.

—¿Que qué hace usted aquí?—insistió con tan buenos modales.

—Voy a almorzar a ese restaurant de enfrente—le dije.

—¿Así se pasea usted?—me increpó.

—Sí—le contesté con naturalidad.

—Está bien. Ya me encargaré de denunciarle a la gendarmería—concluyó.

El energúmeno en cuestión cumplió su promesa. Al día siguiente, domingo, me convocaron a la gendarmería. El tal Cami me había, según él, «sorprendido» haciendo «propaganda revolucionaria» por aquellos andurriales... Dije en mi declaración la verdad que había ido a llevar unas medicinas urgentes a Caballero, pues hacía unos días se había fracturado la clavícula derecha... El capitán de gendarmería no me creyó. Le daba más crédito al hombre de la Legión, al delator de vocación, a uno de los miles de policías honorarios con que había obsequiado Vichy a la Francia «libre».

Misteriosa detención de Largo Caballero

Treinta de noviembre. Sábado. A las ocho y media de la mañana se presenta en casa la hija de Mme. Clastre. La pobre traía en su semblante el anuncio de una tragedia. «¡Malas noticias!—nos dice por todo saludo—Carmencita, la hija de Caballero, me acaba de telefonear. Esta madrugada han detenido a su padre. Unos gendarmes y un policía han ido a buscarle en un coche y se lo han llevado.»

—¿A dónde?—preguntamos mi mujer y yo con la angustia que es de suponer.

—No sé más. Es todo lo que me ha dicho Carmencita.

Al quedarnos solos mi mujer y yo, comenzamos a hacer conjeturas.

Recordamos la confidencia que tuvimos en el mes de septiembre (1). Pensamos si el policía sería español y si los gendarmes no serían agentes de la Falange exterior disfrazados. Para nosotros no había duda. Se trataba de un rapto. Habían raptado a Caballero. Lo que temíamos. Lo que temía el propio ministro de Méjico, según me dijo en Montauban el día del entierro de Azaña. Recordamos las noticias publicadas en los periódicos franceses de la zona ocupada, que aseguraron había sido detenido Caballero en Francia. Recordamos que los periódicos de la zona «libre» habían anunciado que pronto (comparecería ante los tribunales militares de Madrid. La propia radio francesa del 12 de noviembre, en su emisión de las siete de la noche, lo había dicho... Nada, no hay duda—nos decíamos—se lo llevan a España. ¡Qué vergüenza! ¡Pobre Caballero!

Yo me acordaba que días antes, cuando fuí a verle, contestando a mis temores, me decía con aquella serenidad y aquella lógica tan personal que era la suya, que no harían con él otra cosa que juzgarle y condenarle en rebeldía, pero que estaba seguro de que Francia no concedería su extradición. A pesar de su tranquilidad y de su lógica, yo escribí el 17 de noviembre al ministro de Méjico—Licenciado Rodríguez—para que actuase con rapidez y se lo llevase bajo su protección antes de que se produjesen hechos lamentables e irreparables. Escribí el 17. Estábamos a 30 y el ministro de Méjico no me había contestado. En nuestra cabeza, en la de mi mujer y en la mía, se agolpaba el recuerdo de Companys, Zuga, Cruz Salido y de tantos más.

¿Qué hacer? Yo no podía hacer nada. Mi situación especial me impedía hacer toda clase de gestiones. Las hizo mi mujer. Marchó directamente a Oficinas Militares. La recibe un capitán del Ejército al que refiere la noticia. El capitán, al oir el relato, contestó indignado: «Los militares franceses no hacen esas cosas, señora. Eso sólo lo hacen los gansters...»

De Oficinas Militares marchó a la Gendarmería. Preguntó. Allí supo que, en efecto, de madrugada, se había hecho un servicio «discreto» en Trebas. ¡Menos mal! Por de pronto ya sabíamos que el servicio era francés. Lo del rapto, por lo menos, quedaba desechado. Pero ¿para qué han detenido a Caballero? ¿A dónde lo habían llevado?

A las nueve de la mañana salí de casa. Quería movilizar a los amigos franceses para que tratasen de dar con la pista de Caballero. En la calle me encontré con Isabelita, la otra hija de Caballero. Acababa de llegar en el autobús. Volvimos a casa. Y, llorando, me contó lo ocurrido.

—Esta madrugada, a eso de las dos y media—me dijo—se ha abierto la puerta de la habitación de mi padre, y se ha encendido la luz. Entraron un capitán de Gendarmería, dos gendarmes y un policía francés (1). Les había abierto la puerta de la calle la dueña de la casa, Mme. Clarenc, a la que obligaron que lo hiciera. En la calle quedaron dos gendarmes más.

Isabelita continuó, como pudo, el relato. Obligaron a levantarse de la cama a Caballero. A levantarse y a vestirse. Vieron que no podía utilizar el brazo derecho. Era lo mismo. Con la brutalidad habitual en ciertas autoridades, metían prisa. Caballero les preguntó si traían orden escrita. Le contestaron secamente que no la necesitaban. Que el prefecto, preocupándose por la seguridad de Caballero, no quería siguiese viviendo tan solitariamente. Que lo quería proteger. Que lo enviaría a otro departamento...

Caballero, como era natural, no podía creer que para «proteger» a una persona, haya que buscarla de madrugada y con tanta fuerza. Caballero, como pudo, en su mal francés, tan malo como expresivo, les dijo que él había sido presidente del Consejo de ministros y que jamás hubiese tolerado en su país que se hiciese con un extranjero lo que con él se hacía.

Sus hijas y la señora María estaban asustadas, como es natural. No pudieron contener las lágrimas. Rompieron a llorar. El capitán de Gendarmería se impacientaba. ¡No era para tanto!—les dijo por todo consuelo a aquellas pobres mujeres—. ¡No lloren más!—les añadió imperativamente.

—Conmigo—intervino Caballero—hagan ustedes lo que quieran. Pero dejen en paz a mis hijas. Si quieren llorar, que lloren.

Intervino el comisario para tranquilizar al capitán. Isabelita y Carmencita, mientras vestían a su padre, le dijeron que me avisarían en seguida.

—Haced lo que queráis, hijas mías—les dijo Caballero, vencido de indignación—. Esto que hacen conmigo, no es honrado, no es honrado.

Y se lo llevaron.

(1) En efecto, en los primeros días de septiembre estuvo en mi casa un excelente compañero, Paulino Martín «el Segoviano», que venía a decirnos que tenía la confidencia de la llegada a Francia de un agente de Franco con la misión de localizar a dieciséis políticos refugiados—cuyos nombres traía—políticos que serían raptados con la complicidad de Laval, para ser trasladados a España. La operación no se produciría antes del 14. Este buen compañero, escapándose de la Compañía de Trabajadores donde estaba, hizo unos centenares de kilómetros en bicicleta, para avisar a Caballero, para avisarme a mí y para avisar a otros. A nosotros nos pareció todo ello folletinesco. Otros lo tomaron en serio. De todos modos, la conducta del compañero Paulino Martín merece nuestra profunda gratitud.

(1) El capitán de Gendarmería se llama Chaumaton. El comisario especial se llamaba Gélin, hombre duro para con todos nosotros. Aunque al final, como tantos más, se dulcificó y hasta se pasó a la Resistencia. Al día siguiente de la liberación de Albi fué ejecutado por los «maquisards».

Una "protección" sospechosa

Isabelita y mi mujer visitaron al comisario especial. Este trató de tranquilizarlas. Les dijo que Caballero estaba bien atendido; que no necesitaba nada (se lo llevaron con lo puesto) sin dejarle tomar equipaje alguno); que había podido hablar con el prefecto; que la conversación se había celebrado con toda cordialidad; que le habían dicho que la medida se había tomado para su bien, y que Caballero así lo había comprendido.

Entre tanto, como no podíamos telefonear desde Albi al ministro de Méjico lo que ocurría, envié un amigo, por la mañana, a Montauban para que los compañeros allí refugiados telefonearan a la Legación de Méjico instalada en Vichy. Y, por la tarde, otro amigo salía desde Albi para Vichy, con una carta mía para el Licenciado Rodríguez. Era todo cuanto yo podía hacer.

El correo de aquel día me trajo una carta de Julio Just que estaba en la Legación de Méjico. Me decía que el Gobierno francés no autorizaba la salida de Francia de varios políticos españoles, entre los cuales figurábamos Caballero y yo. La carta llegó a tiempo para aumentar nuestra inquietud. ¿Tendría relación la noticia de Just con la detención de Caballero? ¿Se habría pedido su extradición y como medida preventiva lo encarcelaban? ¿Pero dónde, dónde podía estar Caballero? En la cárcel de Albi no estaba. En la Gendarmería, tampoco. En la Prefectura, tampoco. ¿Dónde estaba?

Por la noche regresó el amigo que me hizo el favor de ir a Montauban. Me traía varias cartas de Vargas, Carlos de Juan, Zancajo y Cerezo. En todas ellas se reflejaba la indignación de estos amigos... La indignación y el temor, justificado, de que se aumentase el número de las víctimas. Unos, Vargas y de Juan, me decían que el ministro de Méjico estaba en Marsella y que irían a verle el domingo. Por lo tanto, que se le informaría rápidamente. Me decían los otros, Zancajo y Cerezo, que de Madrid preguntaban los amigos por nosotros dos, pues corría la especie en España de que ya estábamos allí o de que nos iban a llevar... Todo contribuía, como se ve, a hacernos pensar que lo de Caballero era grave. Grave y sintomático.

El viernes, 6 de diciembre, tengo, por primera vez, noticias de Caballero. Ya sabíamos dónde estaba. Lo supimos por pura casualidad. Mi mujer había interesado a todo el mundo por lo que sucedía con Caballero, cuyo paradero desconocíamos. Habló de ello a todos. Días después vino un frutero español a decirnos que una monja, cuando compraba en su tienda, sabiéndolo español, le dijo con la mayor inocencia que en la clínica donde ella trabajaba había ingresado un compatriota suyo, hombre viejo, con la clavícula derecha rota; que no sabía su nombre porque su ingreso en la clínica se había hecho con cierto misterio y que estaba muy vigilado...

No había duda. Era Caballero. Caballero estaba en la clínica del doctor Jaur. Comenzamos a tranquilizarnos, por ese lado. Malroux, por encargo mío, visitó al prefecto. El prefecto, por lo que se ha visto y por lo que se verá más adelante, era una mala bestia. Se apellidaba Rénouard. Era uno de los servidores celosos—demasiado celosos—del nuevo régimen, dispuestos a hacer carrera como sea, a costa de lo que fuera y de quien fuere. El prefecto le dijo con la impertinencia propia de todo advenedizo, que estaba dispuesto a transformar la mentalidad del departamento. El departamento era revolucionario y tenía que dejar de serlo. *«Il y a ici quelques grosses légumes espagnoles qui ne sont par venues pour prendre l'air!»* ¡Menudo descubrimiento acababa de hacer el poncio en cuestión! ¡Pobres de nosotros! De nosotros y de los demás refugiados, pues comenzaban a llamar a los refugiados a la Comisaría donde

(Continúa en la segunda)

III er Congreso del P.S.O.E.

ARGÜELLO